

ALGUNOS RECUERDOS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS EN EL SETENTA ANIVERSARIO DE SU CREACIÓN¹

Gloria Videla de Rivero

UNCuyo – Academia Argentina de Letras

riverovidela@gmail.com

Resumen

Se recuerda la historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo desde su fundación en 1939 hasta el año 2009. Tras una breve historia de los tiempos fundacionales, se rememora la evolución de la Institución, desde la perspectiva de los recuerdos personales, a partir de 1953, centrados sobre todo en el Departamento de Letras. Se mencionan los Centros estudiantiles de la época, los edificios que ocupó la Facultad, las etapas de su evolución, sus bibliotecas, su vinculación con otras Instituciones. Se recuerdan nombres y perfiles de algunos profesores. Se hace una valoración positiva de los logros de la Institución pero también se exponen puntos de vista críticos sobre algunos de los cambios educativos ocurridos en los últimos años. Se ofrece bibliografía ampliatoria.

Palabras clave: *Facultad de Filosofía y Letras de la UNCuyo – historia – evolución – edificios – profesores – Centros estudiantiles.*

Title: Some recollections from the Faculty of Philosophy and Letters in the seventh anniversary of its creation

Abstract

A personal overview of the history and the institutional development of the Facultad de Filosofía y Letras of the Universidad Nacional de Cuyo, in Mendoza, Argentina, from its foundation in 1939 to 2009 is presented in this paper. Short reference to foundational documents and author's personal memories, mainly centered in the Departamento de Letras of the institution from 1953 to recent years are mentioned. Reference is made to: academic evolution of the institution; students and teachers experience through different locations of the institution at different times; curricular

¹ Conferencia pronunciada con motivo de la inauguración del ciclo lectivo 2009 (Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras).

changes; libraries development; a personal appreciation of the achievements of the institution as wells as a critical view of some of the educational changes occurred in the last years. The article contains also name and personal profiles of some teachers, anecdotal and daily experiences of academic life and some references to other bibliographic materials on the same subject.

Key words: *history of the institution – development – buildings – teachers – students organizations.*

Este año celebramos los setenta años de vida de la Universidad Nacional de Cuyo y de nuestra Facultad. En 1939 los tiempos estaban maduros para la creación de la Universidad. Mendoza, aunque todavía muy provinciana, había desarrollado una base cultural adecuada para responder al requerimiento de una Universidad propia para la región de Cuyo. Hasta entonces los profesionales de la zona habían obtenido sus títulos principalmente en Buenos Aires, en Córdoba, en Chile o en universidades europeas (por ejemplo, los vitivinicultores más profesionales solían hacer su formación enológica en Francia). Pero había llegado la hora de tener nuestra propia casa de altos estudios. Varios sectores reclaman para sí el mérito de haber dado el empujón decisivo a esta empresa de enorme importancia histórico-cultural, tanta que hay claramente en nuestra sociedad un antes y un después de la creación de la Universidad Nacional de Cuyo. No es el momento de distraernos en la etapa pre-gestacional (hay importante bibliografía)² pero, con respecto a su fundación, hay dos nombres que ineludiblemente debemos recordar: el del entonces Ministro de Justicia e Instrucción Pública de la Nación, el

² Remito sobre todo a la *Memoria histórica: 1939-1964* (1965). Mendoza: Universidad Nacional de Cuyo, Facultad de Filosofía y Letras; véase también el *Libro del cincuentenario: 1939-1989* (1989). Mendoza: EDIUNC. (Especialmente el capítulo de Esteban Fontana: *Cómo se gestó la Universidad Nacional de Cuyo*, 65-86 y el de Emilia de Zuleta: *La Universidad Nacional de Cuyo y el desarrollo de las Humanidades*, 219-236). Pueden verse también varios artículos en la *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (Cf. Videla de Rivero, G.; Latorre, A. J.; Varela, F. *Índices de la Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza* (1996). Mendoza: Junta de Estudios Históricos de Mendoza-CELM, 222, entre otros.

Dr. Jorge Eduardo Coll y el de quien fuera el primer Rector de la Universidad, el Dr. Edmundo Correas. Fue Coll uno de esos argentinos de excelencia que contribuyeron a formar el gran país que fuimos y que aún podemos ser. Él decidió que se creara nuestra Universidad, por un decreto del Poder Ejecutivo, firmado por el entonces Presidente de la República, Dr. Roberto M. Ortiz, el 21 de marzo de 1939, a instancias del Ministro. Hay excelente documentación sobre el tema: una carta antológica de Coll a Edmundo Correas –especie de programa de lo que debía ser la Universidad Nacional de Cuyo– fechada el 10 de agosto de 1939 y otra carta complementaria del 18 de junio de 1949³. Vale la pena conocerlas, porque documentan el afán de excelencia académica que sustentó nuestros orígenes.

El otro nombre ligado a la fundación es el del Dr. Edmundo Correas, por entonces joven abogado, con vocación de historiador, gran lector, hombre cultísimo, vinculado a la Junta de Estudios Históricos de Mendoza, de la que fue Presidente durante muchos años y creador además del Museo del Pasado Cuyano que funciona en la sede de dicha Institución. Conocí mucho a Edmundo Correas en mi adolescencia porque fui amiga de sus hijos y teníamos lejanas relaciones de parentesco con él y con su esposa, Carolita Leal. Me invitaban con frecuencia a comer en su casa (la de la ciudad durante los inviernos, la de Chacras de Coria durante los veranos) y esos almuerzos eran una especie de cátedra en la que Edmundo exponía sus lecturas y opiniones ante sus jóvenes hijos y los amigos de sus hijos. Nos mostraba también con orgullo su impresionante biblioteca (eran épocas en las que los libros tenían aún un prestigio resplandeciente).

Mezclo estos recuerdos personales con el panorama institucional que les estoy brindando, porque la

³ Reproducidas en el artículo “Para la historia de la Universidad Nacional de Cuyo”. En *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*. Tomo II, Nº 7, 1972, 719-726. La carta de 1939 está también reproducida en *Debate Abierto*. Mendoza, UNCuyo, Secretaría de Extensión Universitaria. Año I, agosto-setiembre 1993, 10-11.

propuesta hecha por la Decana de la Facultad cuando me invitó a dar esta clase-conferencia fue que la misma tuviera como eje la conmemoración de los setenta años de la creación de nuestra Facultad, pero que entrelazara el relato con el de mis vivencias personales en relación con la Institución. Acepto pues seleccionar algunos de mis recuerdos pensando, como Félix Luna, que todo es historia. Grande o pequeña historia, pero historia al fin. Sin embargo, procuraré no convertir este relato en una autobiografía sino más bien en memorias que, a partir de un yo, reflejen el devenir de la Institución y de algunas de las personas con ella relacionadas, aunque será inevitable que centre mi mirada evocadora sobre todo en el Departamento de Letras.

Nuestra Facultad nació junto con la Universidad⁴ y acompañada por sus hermanas la Escuela de Ciencias Económicas, la Escuela de Agronomía, la Escuela de Lenguas Vivas, el Instituto del Profesorado, el Instituto del Petróleo, la Escuela de Ingeniería, la Academia de Bellas Artes y el Conservatorio de Música⁵. Coll propuso que ninguna de ellas llevara el nombre de Facultad, hasta que no alcanzaran un nivel de excelencia (Cf. cartas citadas). Como señala Diego Pró en “Origen y desarrollo de la Facultad”⁶, esta circunstancia explica en parte la fuerte vitalidad que tuvo en sus primeros años, ya que nunca fue la Facultad “cenicienta”, tal como ocurría en otras Universidades del país donde la Filosofía y las Letras llegaron con retraso. Por otra parte, como señala Pró, “entre los designios de los fundadores y asesores de la Universidad estaba el de darle un decidido acento humanista, el de apoyar los estudios desinteresados y la formación no solo de profesionales y especialistas sino,

⁴ Cuyo había sido precedido en la fundación de Facultades de Humanidades por Buenos Aires (1895), La Plata, Paraná, Tucumán y Córdoba. (Véase Pró, D. “Origen y desarrollo de la Facultad”. En *Memoria histórica...*, 113-134).

⁵ El Instituto del Profesorado con sede en San Luis, la Escuela Industrial, con sede en San Juan (Cf. Fontana, E.: “Cómo se gestó la Universidad Nacional de Cuyo”, o cit. en nota 2, 84).

⁶ Cf. Pró, D., art. cit.

ante todo, de hombres cultos”⁷. Pienso que una visión de conjunto que contemple la historia de nuestra Facultad es de enorme importancia, no solo porque el conocimiento de nuestras raíces debe marcar nuestros derroteros, no solo porque el enriquecimiento de nuestra autoconciencia histórica refuerza nuestro sentido de pertenencia y de identidad, sino también porque las actitudes adánicas ocasionan un gasto inútil de energías. Es importante edificar sobre cimientos.

Existe ya excelente bibliografía fundamental, aunque aún sea mucho lo que se puede aportar, ya por medio de compulsas de documentación (discursos de las autoridades, memorias anuales de los diversos Institutos, Centros de Investigación, Departamentos, Cátedras, Secretarías, etc.), ya a través de recuerdos de profesores y autoridades. Hubo además durante el Decanato del Dr. Miguel Verstraete un conato de actualización de la *Memoria* de 1965, proyecto que no llegó a la instancia de edición, pero que pienso debe estar en alguno de los archivos⁸. Recomiendo la lectura del *Libro del cincuentenario* y de la ya mencionada *Memoria histórica (1939-1964)*, realmente excelente por la organicidad de su plan general, la solidez de las diversas contribuciones, la riqueza de datos y el rigor y la altura académica evidenciada por sus diversos autores. Su elaboración fue una empresa ambiciosa que muestra el nivel que tenía nuestra Facultad en esa época. Comienza con un apartado sobre “Los estudios humanísticos anteriores a la fundación de la Facultad”, que incluye el excelente estudio de Arturo Roig “Antecedentes de las Humanidades en Mendoza antes de la fundación de la Facultad de Filosofía

⁷ Continúa Pró: “De allí el apoyo que dieron a la Facultad y la intervención preponderante que tuvo su cuerpo de profesores en la elaboración de los planes de estudios de las distintas escuelas, donde incluyeron contenidos humanísticos para la formación aun en carreras aparentemente solo profesionales de otros institutos y facultades” (art. cit., 124).

⁸ Este tema también podría ser objeto de tesinas o seminarios puesto que el material a recuperar es riquísimo.

y Letras (1571-1939)”⁹, estudio cuya hipótesis es que la Facultad no surge sobre un yermo intelectual sino que está precedida de un proceso. También con el objeto de presentar antecedentes, Esteban Fontana escribe su “Reseña histórica de la evolución de los colegios medio-superiores de Mendoza hasta la creación de la Universidad Nacional de Cuyo”. Un segundo apartado sobre “La vida en la Facultad” incluye el medular capítulo de Diego F. Pró sobre el “Origen y desarrollo de la Facultad”. Los restantes apartados se refieren a la enseñanza, a las autoridades y profesores, a las actividades estudiantiles, a la influencia de la Facultad fuera de su ámbito y a otros temas, tales como el edificio. Me he demorado en una breve descripción de esta *Memoria*, porque pienso que sus contenidos pueden ser de gran utilidad para los profesores y alumnos del presente y del futuro.

Diego Pró reconoce tres etapas en el desarrollo de la Facultad de Filosofía y Letras durante sus primeros 25 años de vida, con respecto a la conducción o gobierno universitario, a la docencia, investigación, extensión universitaria y planes de estudios de las carreras entonces existentes: Filosofía, Literatura, Historia y Geografía. Las etapas señaladas por Pró van de 1939 a 1949 la primera, de 1949 a 1955 la segunda, de 1955 al momento de escribirse la memoria, a mediados de los años 60, la tercera. Habría que postular las etapas subsiguientes, generalmente ligadas con el devenir histórico del marco nacional, ya que –a pesar de su presunta autonomía– la Universidad ha estado fuertemente ligada a él. Otros criterios de periodización podrían relacionarse con las concepciones pedagógicas o culturales dominantes, con los planes de estudio, con las leyes educativas o con las tendencias de los grupos de conducción. Marcan fuertes momentos de cambio la Revolución del 68, el cimbronazo de la etapa

⁹ Este capítulo también fue publicado como parte introductoria de su libro *Breve historia intelectual de Mendoza* (1966). Mendoza: Ediciones del Terruño, 11-54 y, con el título “Las Humanidades en Mendoza”, en su libro *Mendoza en sus letras y en sus ideas* (1996). Mendoza: Ediciones Culturales de Mendoza, 11-30.

camporista y la reacción militar posterior, la “normalización” por medio de concursos, ligada a la restauración de la democracia, la promulgación de la Ley Federal de Educación, entre otros acontecimientos nacionales que influyeron en la evolución universitaria.

Yo podría aportar algunos testimonios vivenciales con respecto al devenir de nuestra Facultad, a partir de los últimos años de la segunda etapa marcada por Pró. Me incorporé a la Institución como estudiante en 1953. Su primera sede –previa a mi ingreso a la misma– había estado en el edificio de la Escuela Provincial “Arístides Villanueva”, situado en la calle Rivadavia, con salidas a 9 de Julio y a Sarmiento. Arturo Roig, en un capítulo de la *Memoria* dedicado a los edificios, y Emilia de Zuleta, en el *Libro del cincuentenario* describen esa casa que tenía el estilo de los edificios públicos de comienzos del siglo XX: amplios patios –el del ombú y el del naranjo y la higuera, con largas y soleadas galerías y altos techos. El frente tenía un marco de columnas sobre las que se apoyaba un clásico frontón. En 1952 se dictaron algunas clases en casas aledañas a la fundacional, una en Avenida España, otra en calle Rivadavia, tal vez al 400, pero ya en 1953 la Facultad se mudó a aquel ámbito que fue un eslabón importante de su historia, el de Las Heras 430. Era una antigua casona cuya fachada está reproducida en la tapa de la *Memoria histórica* ya mencionada. Había pertenecido a la familia de Balbino Arizu. Tenía dos *halls* centrales, que nos convocaban en los recreos invernales y un gran patio-jardín al fondo con frondosas plantas, un palto, bancos y la estatua de Platón, dulcificada por la hiedra¹⁰, realizada por el gran escultor Lorenzo Domínguez. El patio servía de tránsito hacia las aulas de atrás y nos reunía en los recreos del tiempo tibio o en algunos acontecimientos sociales y artísticos. A una de sus aulas la llamábamos “la pajarera”, porque sus paredes estaban pintadas con pájaros. Allí recuerdo haber rendido la exigente Literatura Alemana, con el Dr. Alfredo Dornheim, padre de Nicolás.

¹⁰ La estatua afortunadamente se conserva en el actual edificio.

Los Institutos de la Facultad, dedicados a la investigación, a la atención de alumnos y a albergar las bibliotecas de cada especialidad, se distribuían en diferentes edificios dispersos por la ciudad, sobre todo en su zona céntrica.

Aunque no cursé mis estudios con gran regularidad ya que, por razones familiares, pasaba parte del año en Buenos Aires, guardo de esa época entrañables recuerdos. Me tocó vivir el tránsito de la segunda a la tercera etapa de la Facultad, signada por el drástico cambio político nacional que significó la Revolución Libertadora de 1955, es decir el fin del primer peronismo¹¹. El hecho nacional significó para la Facultad cambio de autoridades, de estilo de convivencia y redundó en una gran actividad estudiantil. Los estudiantes nos involucramos en la nueva etapa sintiéndonos muy protagonistas. Nos agrupábamos en dos Centros: el CEFYL y el Centro de Humanidades, ambos muy activos tras sus propias concepciones de la vida universitaria. Fui Secretaria de Cultura del CEFYL, entre cuyos más destacados dirigentes nombraré a Abelardo Pithod y a Enrique Dussel, por entonces líder carismático, estudiante de Filosofía que, con el devenir de la vida y de las ideologías, se convirtió en un teórico de la Teología de la Liberación. Olga Medaura, Hilda Fretes, Olimpia Bonini, Marta Gómez, hoy de Rodríguez Britos, Guillermo Bibiloni, entre otros muchos jóvenes de la época, participaron o lideraron el CEFYL y después se convirtieron en reconocidos profesionales, con proyección social a través de cátedras o cargos públicos, a veces enfrentados o alejados de sus antiguos compañeros por diferencias ideológicas. Muchos de ellos merecerían una historia de sus trayectorias posteriores, de gran peso e influencia social y cultural. No obstante, al menos quiero recordar con emoción, de entre los nombrados a dos que ya no están entre nosotros: Guillermo Bibiloni e Hilda Gladys Fretes. Bibiloni –algo mayor que los integrantes de mi

¹¹ Borges dice: “[...] y en la caída / de las épicas lluvias de setiembre / que nadie olvidará [...]” (Cf. “Oda compuesta en 1960”, en su: *El hacedor*).

promoción- dirigía durante nuestra época de estudiantes el elenco teatral del CEFYL (recuerdo que me tocó presentar *La casilla de las macetas*, de Graham Green, que se hizo como teatro leído en agosto de 1958)¹². Ya obtenido el título de Profesor, Bibiloni continuó perteneciendo a la Facultad a través de un cargo docente en la Cátedra de “Introducción a la Literatura” y llegó a ser Secretario de la Institución en 1965¹³. Pero fue sobre todo el teatro su gran pasión. Posteriormente dirigió la Escuela de Teatro y el Elenco Universitario (1967-73)¹⁴, durante un período que yo juzgo la época de oro del teatro universitario, con frecuentes y excelentes funciones en el Teatro Independencia. Contribuyeron a ese esplendor la selección de obras entre las mejores del teatro argentino y universal, la contratación de los mejores directores del momento en la Capital Federal, las notables actuaciones del elenco y la generosidad de los presupuestos otorgados¹⁵.

Quiero además recordar a Hilda Gladys Fretes, querida compañera. En la Facultad fue Profesora de Didáctica de la Lengua y la Literatura e hizo una obra extraordinaria a través del Centro de Lectura que, aunque fue cambiando de nombres e incorporando difíciles siglas tales como CLEDILIJ, perduró después de la muerte de su fundadora. Este Centro se proyectó hacia los profesores del nivel secundario que acudían masivamente a los cursos que Hilda Fretes organizaba en la Facultad, y a las Jornadas y Congresos de Literatura Infantil y Juvenil, de las cuales han quedado valiosas actas. Con sus

¹² En la *Memoria* de la Facultad figura un capítulo de su autoría: “Historia del teatro en la Facultad”, 483-485. Se presentaron también *El living room*, de G. Greene, *El Diario de Ana Frank* y *Antígona*.

¹³ Los estudiantes de Letras encontrarán aún hoy su firma en muchos de los libros de la Biblioteca de la Facultad, porque buena parte de ellos se incorporó a nuestro acervo bibliográfico.

¹⁴ Ambos dependían directamente del Rectorado y, también bajo la dirección de Bibiloni, integraron el “Departamento de Arte Escénico y Coreográfico de la Universidad Nacional de Cuyo”.

¹⁵ Cf. Navarrete, J. F. “Escuela de Teatro”. En *Libro del Cincuentenario*, ed. cit. en nota 2, 271.

colaboradoras visitaba los colegios, llevaba escritores para que tomaran contacto con las escuelas y promovía por distintos medios la lectura entre los estudiantes secundarios, que elaboraban fichas para que fueran publicadas por el Centro en *Boletines*. Hilda publicó además libros destinados a ese nivel, como una Antología de la literatura de Mendoza¹⁶ o un Manual para enseñar la literatura en relación con la Geografía¹⁷. Cuando ella murió, pronuncié en esta Facultad unas muy sentidas palabras, que tal vez alguna vez publique, porque su semblanza se enmarcaba en un retrato de lo que fueron los ideales de nuestra generación, la de los que nacimos durante la década del treinta, generación aún utópica, plena de esperanzas en los frutos de nuestra acción sobre los medios socioculturales en los que actuábamos.

Volviendo a aquella época de estudiante, quiero destacar que el paso por el CEFYL fue enriquecedor e influyó en nuestras vidas posteriores, tanto porque fue un semillero de formación de dirigentes como por los contactos personales. Organizábamos, además del teatro, concursos literarios, reuniones de bienvenida para los estudiantes de primer año, régimen de tutorías de los alumnos mayores para los recién ingresados, ciclos de proyección cultural por medio de las radios (recuerdo que el Dr. Schobinger fue uno de los profesores que nos dio su apoyo), ciclos de cine, entre otras actividades. Una nueva Ley Universitaria de cuño reformista dio a los estudiantes representación en los Consejos, pero éramos idealistas, nunca se cambió un voto por una prebenda o por una concesión en las exigencias académicas. Nos reuníamos también con los representantes de otras Facultades, con el objetivo de formar una Federación. De esos contactos entre estudiantes salieron algunos matrimonios, entre ellos el mío.

¹⁶ Fretes, H. (1991). *Las provincias y su literatura; Mendoza; Antología* Buenos Aires: Colihue.

¹⁷ Fretes, H. y Poggi de Martínez, M. (1993). *Literatura y geografía: Un modelo de integración en la enseñanza*. Mendoza: ECA.

El otro Centro, el de Humanidades, tuvo también trascendencia. Publicó su revista estudiantil *Cosmos*, de la que apareció un solo número pero que mereció un breve estudio de Diego Pró en la *Memoria de la Facultad* y otro mío, en mi libro *Revistas culturales de Mendoza*¹⁸. Colaboraron en *Cosmos* María Magdalena Santambroggio, María Angélica Pouget, Ambrosio García Lao y Elena Jankarik, entre otros. Varios de ellos se destacaron en sus trayectorias posteriores; por ejemplo, García Lao se convirtió en una reconocida figura televisiva y María Angélica Pouget fue una finísima poeta, a quien dediqué un estudio en la revista *Piedra y Canto: Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*¹⁹, artículo que apareció en muy tristes circunstancias, póstumamente.

Durante la década del 50 hubo varios Delegados y Decanos interventores. Recuerdo que Erwin Rubens, procedente de La Plata, quien fue Decano Interventor entre 1957 y 1958, me tomó un memorable examen sobre Pablo Neruda, que disfruté mucho. Como curiosidad, recordaré que en esa época se rendían los exámenes con bolillero, por lo cual había que tener toda la materia memorizada en forma pareja, para poder exponer sobre cualquiera de los temas del programa. La modalidad de disertar primero sobre un tema fue pensada como forma de habituar a los estudiantes al pensamiento propio, pero también como modo de disminuir el estrés que imponía el sistema del bolillero²⁰.

¹⁸ Videla de Rivero, G. (2000). *Revistas culturales de Mendoza*. Mendoza: EDIUNC, 105-106.

¹⁹ Videla de Rivero, G. "Poesía entre dos puertas: introducción a la obra de María Angélica Pouget". En *Piedra y Canto: Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*. N° 3, 1995, Mendoza: UNCuyo, Editorial de la FFyL, CELIM. 9-34.

²⁰ Con respecto a Rubens, y a título anecdótico, contaré que muchos años después, en la década del 90, siendo yo evaluadora del CONICET que viajaba periódicamente a Buenos Aires para asistir a las reuniones de Comisión, fui invitada por el Dr. Germán Orduna que tenía mucha influencia en la Institución, para visitar a la viuda de Rubens, abrumada por la herencia de una biblioteca imponente. Con el objeto de que la biblioteca no se desgranara entre libreros, Orduna me consultó sobre un destino posible para esa biblioteca, dispuesto a gestionar un subsidio del CONICET. Yo sabía que la Facultad de Humanidades de

Durante mis años de estudio²¹, algunos de mis profesores fueron Mauricio López en “Introducción a la Filosofía”, Toribio Lucero en “Introducción a la Historia”, Aurelio Bujaldón en “Lengua y Cultura Latina”, Alfonso Sola González en “Introducción a la Literatura” y después en “Literatura Española II” y en “Literatura Argentina II” (a él le debo mi interés por Lugones, por Borges y por las vanguardias poéticas, que se constituyeron en una de las principales líneas de mis tareas de investigación literaria). Juan Antonio Barrera enseñaba “Literatura Iberoamericana”; Emilia de Zuleta, quien obtuvo la cátedra de “Literatura Española III” después de que yo la cursara, era entonces una joven pero ya prestigiosa profesora; ella dirigió mi “Seminario de Literatura” y me introdujo en la crítica literaria. Vicente Cicchitti fue mi profesor de “Lengua y Cultura Griega I”; Atilio Anastasi –profesor de “Gramática Superior”– se destacó por sus excelentes condiciones como gestor (fue Director del Instituto Cuyano de Cultura Hispánica, Decano, Director del Departamento de Letras, entre otras funciones que ejerció con gran sentido de ecuanimidad). Nuestro profesor de “Literatura Italiana” fue Manlio Lugaresi. Aunque casi no recuerdo ni su voz ni su rostro, tengo con él una deuda espiritual definitiva: la lectura de Dante. Los bellísimos sonetos en los que el poeta llora los desvíos de Beatriz y esa excelsa *Divina Comedia*, que alegoriza el camino humano a partir de la pérdida del rumbo vital en un simbólico bosque oscuro, “en el medio del camino de la vida”, para recorrer después contemplativamente, con la guía de Virgilio (la sabiduría antigua) y la de Beatriz (la sabiduría cristiana) el Infierno, el Purgatorio y el Paraíso, hasta el encuentro con el Amor “que mueve el sol y las demás estrellas”²².

San Juan tenía serias carencias bibliográficas, y con la intermediación del Profesor Guillermo Quiroga, allí fueron a parar los libros de Rubens.

²¹ Véase el plan de estudios en la *Memoria histórica*...

²² En el año 2004 pronuncié en esta Facultad una conferencia sobre “La literatura y la vida” en la que demostraba cómo la literatura puede ennoblecer, ayudar a interpretar los propios avatares biográficos y a orientar la vida.

No sería posible ni oportuno nombrar ni hacer en esta conferencia la semblanza de todos mis profesores. Me detendré con más detalles en el recuerdo de Vicente Cicchitti (1918-1985), quien nos transmitió el amor por las etimologías. Se remontaba a los orígenes de cada palabra haciéndonos sentir que tras cada una de ellas latía un mundo de riqueza humana, cultural e histórica. Cada vez que releo ese profundo poema de Borges llamado “Los justos”, en el que incluye al “que descubre con placer una etimología” entre otros justos que –sin conocerse entre sí– “están salvando el mundo”²³, recuerdo a Cicchitti. Nació y murió en Mendoza, egresó de nuestra Facultad de Filosofía y Letras como Profesor de Literatura y fue titular de la cátedra de “Lengua y Cultura Griega” desde 1948 hasta su muerte. Director del Instituto de Estudios Clásicos (que actualmente lleva su nombre) y de la *Revista de Estudios Clásicos*, sus publicaciones están dispersas en Actas de Congresos, en revistas especializadas en cultura clásica, en estudios humanísticos y en historia de las religiones. Póstumamente se han editado tres de sus libros: *Sobre la antigüedad clásica*²⁴, *Sobre la persona humana y otros ensayos*²⁵ y *Diario de un viaje a la India*²⁶. Vicente era famoso entre los estudiantes –no solo los de Filosofía y Letras– por su amor a la montaña; era un consumado andinista y –en su concepción– la montaña estaba cargada de riquísimos símbolos espirituales. Era el infaltable invitado para acompañar a los estudiantes en los campamentos universitarios, donde contaba leyendas alrededor del fogón bajo los cielos estrellados. Tanto era su influjo que, siendo yo ya una joven profesora y no teniendo en lo personal la más mínima vocación por el deporte, me indujo a ascender pequeños cerros (el Melón y el Camello), juntamente con jóvenes colegas o con

²³ En *La cifra*.

²⁴ Cicchitti, V. (1995). *Sobre la antigüedad clásica*. Mendoza: Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras.

²⁵ Espinosa, N. (Com) (1998). *Sobre la persona humana y otros ensayos*. Mendoza: EDIUNC.

²⁶ Cicchitti, V. (2006). *Diario de un viaje a la India: Marzo 1956 -febrero 1957*. Mendoza: UNCuyo.

alumnos universitarios. Muchos años después le pedí telefónicamente que me contara alguna de aquellas leyendas relacionadas con las montañas mendocinas, para ayudar a mi hija adolescente en una tarea escolar. Se apareció en mi casa con una versión escrita y personal de “El futre”, el fantasma descabezado que él también creyó ver después de una ascensión al Aconcagua²⁷. Guardé esa versión en mi archivo y años después de su muerte la analicé literariamente y la publiqué en la Sección Documentos de la Revista *Piedra y Canto* que se publica en nuestra Facultad²⁸.

Sin agotar la semblanza de una persona tan rica, mencionaré su acendrada fe religiosa que, aunque se afincaba en el catolicismo, lo trascendía ya que estaba fuertemente influido por la espiritualidad hindú. No sé cómo se originó en Vicente esa tendencia pero su viaje a la India en 1957-58, para ascender al Himalaya, la acentuó. A su regreso se convirtió en un predicador de la no violencia y de la necesidad de limitar la robotización del hombre evitando el uso excesivo de la técnica. Coincidió en esta prédica con Lanza del Vasto, quien vino invitado por él a Mendoza. Lanza del Vasto había establecido en la campiña francesa la comunidad de El Arca, cuyo nombre sugería paralelismos entre esa Comunidad y la simbólica Arca de Noé, que preservó a los que merecieron sobrevivir al Diluvio purificador.

Cuando ya éramos colegas, Vicente –después de leer un estudio mío titulado “Hombre y Dios en la poesía

²⁷ Llegó a la cumbre Norte del Aconcagua el 27 de enero de 1947, según atestigua Alberto Rovira en *Lo grande y lo trágico en la montaña de Mendoza*. Mendoza: INCA, 1981, 228. Probablemente la experiencia aquí narrada se refiera a esa ocasión. Ese texto era parte de un libro inédito: *La montaña*, de índole autobiográfica, narrativa y ensayística, en uno de cuyos capítulos se refiere al Futre.

²⁸ Cf. Videla de Rivero, G. “Tres formas literarias de una leyenda: el Futre”. En *Piedra y Canto: Cuadernos del Centro de Estudios de Literatura de Mendoza*, Mendoza, UNCuyo, FFyL, CELIM. N° 7-8 (2001-2002), 195-209 y Cicchitti, V. “El Futre”, *Ibid*, 229-232.

de Dámaso Alonso”²⁹– me dijo que en él faltaba la dimensión orientalista (lo cierto es que Dámaso Alonso no tenía ninguna influencia de ese origen) y me prestó varios libros básicos de la cultura hindú. No pude penetrarlos ni identificarme con ellos y recordé una anécdota que cuentan los biógrafos de Ricardo Güiraldes quien –sin abandonar del todo el catolicismo de su niñez– se había inclinado hacia la sabiduría brahmánica, influenciado por la lectura de *Los grandes iniciados* de Schuré. En una oportunidad (1927) Güiraldes le preguntó a su admirado poeta Valery Larbaud si nunca se había sentido atraído por las religiones orientales, a lo que el francés le respondió: “–Con Roma me basta”³⁰. Yo, tras aquellas lecturas hinduistas, sentí también que me bastaba, en lo personal, con la extraordinaria e inabarcable riqueza de la tradición judeo-cristiana. Pero pienso también –hipotéticamente– que personalidades como las de Vicente Cicchitti pueden marcar, en los misteriosos caminos de la historia, a veces sinuosos, una marcha hacia un encuentro o globalización espiritual que culmine con el cumplimiento de la profecía: “Habrá un solo rebaño y un solo pastor” (Jn 10, 16).

Otra importante faceta de Cicchitti fue su labor como Director del Hogar y Club Universitario, que yo conocí en la calle Rivadavia entre 9 de Julio y España, en la vereda Sur, frente a la Universidad. Conferencias, conciertos, sesiones de jazz, exposiciones plásticas, teatro, cine, eran algunas de las actividades que se desarrollaban en el Club. Allí vi “El perro andaluz”, impresionante experimento surrealista de Luis Buñuel y las películas de Ingmar Bergman, tan densas de significados. Como órgano de expresión del Club, Vicente dirigió el periódico *Santosmendoza* (1951-1981), sobre el cual hice un breve

²⁹ Publicado en *Cuadernos de Filología*. Mendoza, FFyL, UNCuyo. N° 5, (1971), 51-63.

³⁰ Cf. Bordelois, I. (1966). *Genio y figura de Ricardo Güiraldes*. Buenos Aires: EUDEBA, 169-170.

estudio en mi libro *Revistas culturales de Mendoza*³¹. Me he demorado mucho en esta semblanza –ciertamente no exhaustiva; será la más larga de mi exposición, motivada por la intención de dar una muestra de la rica galería de personalidades del Departamento de Letras y de la Facultad. En realidad, las semblanzas personales e intelectuales de los profesores de la Facultad a través de sus setenta años de evolución podrían ser motivo de un libro. Ya hay muchos datos dispersos aquí y allá, incluso en la *Memoria* ya citada de la Facultad.

Volviendo a mis recuerdos iniciales, después de obtener el título de Profesora de Literatura en nuestra Facultad y de doctorarme en la Universidad Complutense de Madrid, a fines de 1961 me incorporé a la Facultad como Ayudante de Investigación Diplomada en la Sección Española del Instituto de Literaturas Modernas, que estaba dirigido por Adolfo Ruiz Díaz, Profesor Titular de la cátedra de “Introducción a la Literatura” y hombre de extraordinaria formación humanística. Baste decir que entre sus publicaciones se cuenta uno de los primeros estudios críticos sobre Borges y una traducción del latín del *Discurso sobre la dignidad del hombre*, de Giovanni Pico Della Mirandola. Quienes cursaron con él “Introducción a la Literatura” lo recuerdan con admiración y seguramente aún le agradecen ese listado de cien libros –seleccionados entre los mejores de la literatura universal– que incluía como complemento del programa. Un estudiante de Letras debía conocerlos. Como anécdota complementaria, contaré que su compenetración emocionada con la bellísima poesía de Antonio Machado lo llevó a llamar Leonor a su hija mayor.

El Instituto de Literaturas Modernas funcionaba entonces en una señorial casa de la calle 9 de Julio al 900.

³¹ Tuvo el periódico dos etapas claramente diferenciadas, que reflejaron la evolución ideológica de su Director: en la primera etapa, con tono más ligero y humorístico, el objetivo era transmitir testimonios de la vida estudiantil y universitaria. En la segunda, más ideologizada, tuvo mayor presencia el tema ecuménico y social.

La “Sección de Literatura Española” estaba dirigida por Emilia de Zuleta y allí nos entrenábamos en el trabajo bibliográfico, en el manejo de la biblioteca propia de cada Sección y en pequeñas tareas de investigación. Teníamos estrecho contacto con las otras secciones del Instituto, correspondientes a otras literaturas. En la parte alta del edificio funcionaba el “Instituto de Historia del Arte”, bajo la dirección del Dr. Carlos Massini Correas, abogado nacido en Buenos Aires, que se trasladó a Mendoza para enseñar Historia del Arte, primero en la Academia de Bellas Artes y después en nuestra Facultad, hasta su jubilación y designación como Profesor Emérito, en 1974. Hombre cultísimo, nos enseñaba la historia del arte rotativamente, enfocando cada año un período distinto. A mí me tocó estudiar la antigüedad grecolatina, desde sus antecedentes cretenses y etruscos. Cada vez que he visitado el Louvre o el Museo Británico he recordado con agradecimiento lo enseñado por Massini Correas. Me impresionaba en él su extraordinaria memoria cultural; por ejemplo, recitaba ordenadamente, en medio de una conversación casual, los nombres de los reyes de Inglaterra a través de toda su historia. Tuvo hacia mí un trato particularmente deferente y a su invitación debo mi primera publicación, un pequeño artículo sobre los “Grabados de Picasso” que apareció en los *Cuadernos de Historia del Arte*, en 1961. Poseía en su casa un epistolario manuscrito por San Martín mientras preparaba el Ejército de los Andes, dirigido a un antepasado Correas, de origen mendocino, quien estaba radicado en Buenos Aires.

Retomando mis recuerdos del Instituto, después nos mudamos a la calle Rufino Ortega y Boulogne Sur Mer. En esa etapa, escribíamos colaboraciones para las Revistas que emanaban de los Institutos con sede en ese lugar: la *Revista de Literaturas Modernas* (del Instituto del mismo nombre) y los *Cuadernos de Filología* (del Instituto de Lengua Española, por entonces separado del de Lingüística). Ese lugar era también la sede de espléndidos Seminarios de Investigación que organizaba Emilia de

Zuleta. Los diversos Institutos siguieron dispersos en casas alquiladas por la Universidad, hasta nuestra mudanza a la Ciudad Universitaria, que tuvo lugar en 1970, durante el Decanato del Dr. Carlos Nallim³². En esa fecha todas las dependencias de la Facultad, docentes, administrativas, de investigación y de extensión, se reunieron en el edificio del Centro Universitario, enclavado en las rocas cuyanas que hoy nos alberga. La mudanza fue algo apresurada, quedaban detalles sin terminar, faltaban árboles, pero sin duda el edificio nuevo tuvo una fuerte impronta unificadora en nuestro estilo de vida. Las magníficas bibliotecas de cada uno de los Institutos se centralizaron en la Biblioteca de la Facultad, permitiendo una consulta interdisciplinaria más sencilla y fluida. La ímproba empresa de unificación estuvo a cargo –con sentido de servicio y de misión– de un equipo de bibliotecarios dirigido por Fanny Torres, que organizó la Biblioteca. Rindo aquí un homenaje a Fanny Torres, sus colaboradores y sucesoras, quienes posteriormente acometieron además la tarea de informatización. Y formulo votos para que se amplíen los espacios, para que la biblioteca pueda seguir creciendo, pues pienso que, aún en la era de la digitalización y de la informática, los libros son parte del alma de una Facultad de Humanidades.

Mi contacto con la enseñanza comenzó en 1962, como Profesora Adscripta a la cátedra de “Literatura Española III. Moderna y Contemporánea”, y desde 1967 como Profesora Adjunta de esa cátedra. Es aquí oportuno hacer una mínima semblanza de Emilia de Zuleta. Su cátedra tuvo siempre prestigio de excelencia, de rigor universitario, de máxima organización. Con mucha anticipación, las integrantes del equipo de cátedra conocíamos el programa y un cronograma preciso de su desarrollo, con el número de clases y las fechas a nuestro cargo. Recuerdo algunos de esos temas con placer intelectual: los costumbristas españoles, por ejemplo Larra; los románticos y posrománticos, por ejemplo

³² Fue Decano entre 1969 y 1973.

Bécquer; los realistas y naturalistas (Galdós o Clarín); los del 98 y modernistas, como Azorín, Antonio Machado o Juan Ramón Jiménez y los del 27, como García Lorca, Guillén o Cernuda. Se tomaban pocos autores, con la idea de que el trabajo universitario debía equilibrar el esquema cronológico, tan necesario para comprender el devenir de la cultura, con la profundización monográfica. Una gran retahíla de autores hubiera superficializado el estudio que se realizaba. Se exigía mucho a los alumnos, recuerdo un examen parcial en el que debían traer una cincuentena de poemas de Juan Ramón Jiménez analizados, y en el momento elegíamos uno de ellos para que volcaran el análisis por escrito. Las lecturas eran largas (pensemos por ejemplo en Galdós o en Leopoldo Alas) y la bibliografía auxiliar, exhaustiva. Cuando a partir de 1978 me hice cargo de la cátedra de “Literatura Argentina II. Siglo XX”, asimilé estos criterios: pocos autores enmarcados en sus movimientos literarios.

Pero la influencia de Emilia de Zuleta no se agotaba en la cátedra: su prestigio la convertía en una de las directoras preferidas por los alumnos para realizar el Seminario de Literatura; organizaba además otros Seminarios para graduados y fue famoso el “Ateneo de enseñanza de la literatura en el nivel medio” (1974-1975) que convocaba a decenas de egresados, entre otras actividades de extensión, que eran absolutamente gratuitas³³. Su fe en que la crítica literaria conlleva un deber ético la llevó a crear el GEC (Grupo de Estudios Críticos), que aún tiene fecunda trayectoria. Largo sería enumerar los títulos de su producción intelectual, relacionada con la literatura española moderna y contemporánea, con las relaciones literarias entre España y América, con los problemas de la crítica literaria. Un último aspecto que deseo consignar es su hospitalidad: la casa de los Zuleta, en la calle Rufino Ortega, era lugar de encuentro con todos los personajes de valor intelectual

³³ Todavía en la Universidad no se había establecido la consigna de “generar recursos propios”, que se instaló en el país a partir de los años 90.

que pasaban por Mendoza. Emilia, muy buena cocinera, elaboraba a veces las recetas de la escritora gallega Emilia Pardo Bazán, paisana de sus padres.

Quedan en mi tintero los nombres de otros importantes profesores del Departamento de Letras y de los restantes Departamentos. Espero que la *Memoria* de la Facultad que se está gestando los rescate para el recuerdo y el agradecimiento³⁴.

Deseo consignar también la fecunda interrelación que existió entre nuestra Facultad y el Instituto Cuyano de Cultura Hispánica que, en su sede de la calle Aristides Villanueva al 400, oficiaba como un lugar privilegiado para la Extensión Universitaria de nuestra Facultad. Desde las cátedras de la Facultad, sobre todo las de Literaturas y las de Historias Hispánicas, se organizaban excelentes conferencias y cursos, que contaban con muy buena asistencia de público. La historia del Instituto y de sus relaciones con la Facultad –ya esbozada por Jaime Correas³⁵– creo que admite mayor desarrollo.

En el devenir de la Facultad llegó la muy difícil década del 70. El triunfo de Cámpora repercutió en un cambio drástico en el plan de estudios, se rompió la estructura de las Cátedras que fueron reemplazadas por Unidades Pedagógicas. Yo integré las Unidades Pedagógicas de “Literatura” y “Metodología y Crítica Literaria”, que a su vez incluían cursos y seminarios. Asumí además, en el multitudinario Ciclo Básico, el Curso

³⁴ Quiero sin embargo rescatar hoy –sin ser exhaustiva– además de los ya mencionados *supra*, los nombres de otros Profesores del Departamento de Letras ya jubilados, fallecidos o trasladados a otros ámbitos: Rodolfo Borello, Carlos Nallim, Nicolás Dornheim, María Elena Chiapasco, María Celia Darré, Dolly María Lucero, Isolina de Varoli, Beatriz Piastrellini de Cuadrado, Ana F. de Villalba, Beatriz Curia, Gloria Galli de Ortega, Alicia Sarmiento, María Banura Badui de Zogbi, poeta fina y profesora generosa, a quien yo había bautizado “el corazón del tercer piso”, Dolores Comas de Guembe, Blanca Escudero de Arancibia, Claudio Soria, Ignacio Graneros, Dora Scaramella, Hortensia Larrañaga, Aurelio Bujaldón, Laura Lope de Vega, Lola Granados de Arena, Delia Ejarque, Nélica Moreno, entre otros.

³⁵ Cf. Correas, J. (1990). *Presencia de España en la Facultad de Filosofía y Letras*. Mendoza: Consulado General de España.

sobre “Técnicas del Trabajo Intelectual”. Fue un enorme esfuerzo, teniendo en cuenta que por entonces yo tenía un cargo de Profesora Adjunta con dedicación simple.

Cuando volví de mis vacaciones veraniegas a principios de 1975, siendo Presidenta de la República Isabel Perón, me encontré con la novedad de que la Universidad había sido intervenida. El Plan de Estudios cambió nuevamente y se puso en marcha la última variante de los planes que habían configurado la Facultad tradicional. En esos planes, enfocando la Carrera de Letras, los criterios habían sido: dar importancia a las lenguas y literaturas clásicas por su carácter fundante y humanístico; mantener como obligatorias todas las literaturas en lengua española –tanto las peninsulares como las americanas– respetando su secuencia cronológica porque ¿cómo comprender el Renacimiento sin el Medioevo, o el Romanticismo y el Modernismo sin el Siglo de Oro, las vanguardias sin el Modernismo y así sucesivamente? Para poder incorporar materias instrumentales, como “Técnicas del Trabajo Intelectual”, “Metodología y Análisis de Textos”³⁶ y otras novedades, que podríamos considerar “signos de la época”, se convirtieron en optativas algunas de las literaturas extranjeras y las últimas (cuartas) lenguas y culturas clásicas. Las materias pedagógicas se mantuvieron sin inflación, con criterios estrictamente funcionales: Pedagogía, Didáctica y Práctica de la Enseñanza. La otra opción era la Licenciatura. Este plan, aunque al borde de la explosión, fue todavía contenedor de una concepción muy universitaria de la Carrera de Grado, que procuraba dar conocimientos integrados y en lo posible abiertos a la

³⁶ Me hice cargo de esta cátedra, siempre como extensión de funciones de mi adjuntía en “Literatura Española III”. En el primer año de la experiencia, la implementé como una cátedra más, pero comprendí que el análisis de los textos requería una práctica intensiva de parte de los alumnos, por lo cual la transformé en un Seminario. La experiencia fue muy enriquecedora, tanto para mí como para los alumnos, que realizaron análisis extraordinarios de textos realmente desafiantes y difíciles.

historia o a la filosofía³⁷. Los egresados podían después dar clases en el nivel universitario con la recomendación pero no con la obligación de hacer posgrados. El plan perduró hasta los años 90 y sus egresados tuvieron y tienen muy buenas actuaciones en Mendoza y en el extranjero, se destacan en Congresos y en el CONICET.

Cuando yo me jubilé en el año 1994, aquel plan estaba todavía vigente o en transición. Después advino la que considero nefasta Ley de Educación Federal, que se conjugó con el deterioro social que aún nos aqueja para generar o para acelerar una marcada decadencia en la educación argentina³⁸. Si bien entiendo que la influencia de la Ley se proyectó sobre todo en los primeros niveles educativos, marcó también un descenso en los planes de estudio de nuestra Facultad, cuyos egresados quedaron así sólo habilitados para enseñar en el tercer ciclo del EGB. Entiendo también que, a partir del 2002, mediante otro cambio, se logró nuevamente que los títulos emitidos por la Facultad recuperaran su categoría de Títulos de Grado Universitario. No he vivido personalmente estos avatares ya que en 1994, como dije, dejé la docencia de grado

³⁷ A partir de las Leyes educativas de los años 90 se “secundarizó” el nivel de grado para transferir esa jerarquía al nivel universitario de posgrado. A mi entender, los posgrados actuales, al menos en Mendoza, transmiten conocimientos más segmentarios, más focalizados y no logran reemplazar la antigua estructura de grado.

³⁸ No tengo contra esta Ley prejuicios subjetivos, simplemente me remito a datos objetivos: alumnos que en 6º grado, según atestigua la Directora General de Escuelas de Mendoza, no saben leer o que leen sin comprender (Cf. *Los Andes*, Mendoza, febrero 2009). Esta incapacidad se prolonga en el nivel secundario: muchas Facultades universitarias han tenido que introducir en el ingreso clases de “comprensión lectora”. En un contexto socio-cultural que Leopoldo Marechal llamaría “la caída en la Edad de Hierro”, una especie de “barranca abajo”, el Ministerio de Educación impuso planes de bajo nivel de exigencia. No es este el momento de analizar las causas de esta decadencia: teorías pedagógicas cuya experimentación estamos padeciendo se interactúan con factores sociales y culturales; por una parte, vastos sectores carenciados y por otra padres que no ejercen su función, padres de hijos huérfanos, como dice Sergio Sinaí (en *La sociedad de los hijos huérfanos*), padres cómplices que se quejan cuando a sus hijos les ponen una mala nota o se les señala un límite, jóvenes atrapados por la cultura de la noche y del *touch and go* sin compromiso, que les quita las energías para el aprendizaje o la creatividad, aumento de las adicciones, exceso de tecnología, falta de vida interior, falta de interés, aburrimiento, entre otros diversos signos de la cultura posmoderna o hipermoderna.

aunque permanecí en la Facultad hasta el 2004, teniéndola como sede de mi trabajo en el CONICET. Esos diez últimos años de permanencia en la Institución fueron muy fecundos en cuanto al trabajo intelectual en equipo: los hermosos volúmenes de la Revista *Piedra y Canto*, los tres tomos de *Literatura de Mendoza: Espacio, historia, sociedad* o el primer tomo de *Literatura de las regiones argentinas*, fueron algunos de los frutos de ese período; pero creo que el mayor logro fue ver crecer a la gente joven que se formó en la cátedra de “Literatura Argentina. Siglo XX” y en el “Centro de Estudios de Literatura de Mendoza”, hasta adquirir gran estatura académica –todos doctorados– y notable capacidad de gestión universitaria. Cuando Don Segundo Sombra ve a su reserito hecho un hombre con autonomía y con todas sus capacidades en esplendor, “se va, perdiéndose en el atardecer”. Había llegado mi hora para “perderme en el atardecer”, o para marchar hacia otras luces.

Muchos son los recuerdos y anécdotas relacionados con la Facultad que quedan sin consignar; muchas las reflexiones sin escribir; muchos son también los grandes profesores que no he podido nombrar, pero cuyas vidas han quedado enredadas en la Facultad “inteligible”: a ellos, también mi emocionado homenaje.

Sería imposible hacer en breves momentos un balance completo de lo logrado por nuestra Facultad en estos 70 años: surgió con voluntad de excelencia y esa voluntad ha permanecido, con altibajos, al menos en varias de sus Cátedras, Centros, Institutos y otras dependencias y en muchos de sus profesores, a quienes es un deber –que no siempre se ha cumplido– apoyar y potenciar.

He sido testigo de cómo las carreras que ofrece la Facultad se han ido incrementando, primero, con la incorporación de la antigua Escuela de Lenguas Vivas, que se integró con nuestra Institución transformándose en el Departamento de Lenguas Extranjeras durante el

Decanato del Dr. Carlos Nallim, con mutuo enriquecimiento de ambas partes³⁹. Años después, en 1985, durante el Decanato de Elia Bianchi de Zizzias, se creó la Carrera de Ciencias de la Educación, que se terminó de poner en marcha durante el Decanato de Miguel Verstraete. También he sido testigo y protagonista, a partir de la década de los 80, de la creación de múltiples Centros, que al principio parecieron competir con los Institutos, pero que luego entraron bajo su dependencia. Fueron elementos dinamizadores de la investigación, de la integración de equipos, de la fundación de revistas académicas y de organización de cursos, jornadas y congresos. En su conjunto, la labor de docencia e investigación ha rebasado los muros de la Facultad por la acción de sus egresados, por la notable riqueza en cantidad y en calidad académica de sus publicaciones, por el gran número y jerarquía de las Jornadas y Congresos Nacionales e Internacionales organizados por los inquietos profesores en conjunción con Extensión Universitaria, encuentros que se han ido multiplicando a lo largo de los años.

En este balance quiero recordar también que durante quince años, desde la Facultad y por iniciativa del entonces Decano, Dr. Miguel Verstraete, se emitió la Radio Ideas que elevó, por medio de excelente música y de otros programas, el nivel cultural de la población, tan agredido desde muchos de los medios de comunicación. La Secretaría de Posgrado, que cuenta actualmente con 1500 alumnos, ha instrumentado variadas Licenciaturas y Maestrías, ha aumentado notablemente el número de personas que han accedido al título doctoral y ha abierto esta posibilidad incluso a profesionales extranjeros. La Institución además se ha actualizado en los aspectos tecnológicos, sobre todo a partir de la década del 80,

³⁹ La Escuela se elevaba al nivel de Facultad y –a su vez– el Departamento de Lenguas, con el tiempo, se convertiría para la Facultad en una puerta hacia contactos internacionales, promoviendo programas de intercambio con Universidades extranjeras.

cuando se multiplicaron las computadoras y se informatizaron las distintas áreas, en un esfuerzo de puesta al día o modernización que hoy incluye un aula de educación a distancia; se han hecho también sucesivas reformas edilicias.

En síntesis, en este breve e incompleto panorama, diré que el devenir de la Facultad ha pasado por los altibajos propios de las instituciones humanas y del marco histórico nacional, ha tenido buenos y no tan buenos momentos, pero ha logrado un perfil propio entre otras del país y ha contado entre sus profesores a personas de prestigio nacional e internacional, desde aquellos que enseñaron en sus míticos orígenes: Juan Corominas, Claudio Sánchez Albornoz⁴⁰, Julio Cortázar (entre otros grandes nombres de la cultura humanística), hasta quienes la han representado y hasta hoy lo hacen en Academias y en asociaciones científicas y culturales del país y del extranjero, algunos ya como profesores consultos o eméritos. Capítulo aparte merecería un seguimiento de la proyección de sus egresados.

A pesar de todos sus logros, es posible que la Facultad no haya podido permanecer inmune al descenso de la educación argentina, experiencia que Guillermo Jaim Etcheverri define como *La tragedia educativa*⁴¹. La Universidad está inserta en un mundo en crisis y en un sistema educativo que va al garete o a los tumbos. El fenómeno no es exclusivamente argentino; es tal vez parte de una crisis más amplia: muchos opinan que se trata de un cambio de época histórica⁴². Basta asomarse a los medios de comunicación para palpar la presencia de horrendas deformidades sociales y culturales o –al menos– de francos retrocesos a la barbarie, aunque estos convivan

⁴⁰ Cf. Correas, J. *O cit.*

⁴¹ Jaim Etcheverri, G. (1999). *La tragedia educativa*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

⁴² Vicente Cicchitti publicó hace años un opúsculo con el título: “La aparición de lo monstruoso como síndrome de final de época”. En *Revista de Estudios Clásicos*. Mendoza, UNCuyo, FFyL, Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas. T. XV (1979), 101-105.

con el *glamour* de las gratas sofisticaciones posmodernas y con la presencia de múltiples manifestaciones (a veces inadvertidas) de gran profundidad espiritual y cultural, que conservan los mejores valores o que reaccionan contra su pérdida. Vivimos en una sociedad que va cambiando sus paradigmas, sin tener muy en claro a dónde va a parar este proceso, con sus luces y sus sombras, proceso que ha sido descrito por Gilles Lipovetsky –con más beneplácito que sentido crítico– en sus libros *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos*⁴³, *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*⁴⁴ o *El imperio de lo efímero*⁴⁵.

Creo que, teniendo muy presente este contexto y con la voluntad de influir positivamente sobre él, la Facultad debe mantener por sobre todo los ideales de excelencia académica y evitar –en la medida de lo posible– los riesgos que la hacen peligrar: la dispersión o la concepción *light* de la vida intelectual, que no condice con la misión del universitario; el intelectual, como dice Sertillanges, es un apasionado por el estudio, un consagrado a la búsqueda de la verdad, con hábitos de silencio y de concentración⁴⁶. Otros riesgos, aunque difíciles de evitar, son el electoralismo (con todas sus concesiones que vulneran lo académico en procura de los votos), el economicismo institucional (que quizás explique parcialmente el estrellato de los posgrados, elogiados siempre y cuando la educación de grado no se relegue al lugar de la Cenicienta, siempre y cuando estos posgrados no pierdan de vista los fines de una Facultad de Humanidades, siempre y cuando el lucro no sea el principal objetivo). A estos riesgos se suman el permisivismo (que ha aniquilado la cultura del esfuerzo, el

⁴³ Lipovetsky, G. (1994). *El crepúsculo del deber: La ética indolora de los nuevos tiempos*. Barcelona: Anagrama.

⁴⁴ Lipovetsky, G. (1986). *La era del vacío: Ensayos sobre el individualismo contemporáneo*. Barcelona: Anagrama.

⁴⁵ Lipovetsky, G. y otros (1994). *El imperio de lo efímero* 4ª. ed. Barcelona: Anagrama.

⁴⁶ Cf. Sertillanges, A. D. (1942). *La vida intelectual*. La Plata: Olivieri y Domínguez.

valor del rigor intelectual y de la disciplina y el cultivo de la voluntad como fuerza superadora) y la política partidaria que convierte a la Universidad en botín de poder para sectores afines. El poder universitario no debe ser un enclave partidario sino un alto modo de servicio, un instrumento para lograr un proyecto académico y de alta política, a partir de un buen diagnóstico de la Institución, de una buena evaluación de la misma, del concepto de la sociedad y del país que se desea conformar⁴⁷.

Optimizar la calidad institucional, pedagógica y administrativa es un objetivo ambicioso. Pero creo que la misión de nuestra Facultad, que forma formadores, que piensa al hombre y a la sociedad desde las Humanidades, que irradia su saber al conjunto de la sociedad, tiene una misión aún más desafiante: proponer a esa sociedad el norte de la brújula, seguir pensando y repensando un humanismo integral, basado en los grandes humanismos del pasado y abierto a las realidades actuales, un humanismo que no se dé por vencido, sino que proponga con esperanza caminos para remontar la cuestión educativa y –más aún– la rehumanización del hombre por los caminos de la riqueza interior, del retorno al espíritu, de la valoración de la ética. Comparto una hipótesis de Vicente Cicchitti: la Facultad de Filosofía y Letras tiene una misión salvacional, elevadora del hombre, en tanto el hombre, sus derroteros, sus problemas y sus más altas realizaciones constituyen el objeto de sus estudios⁴⁸. Termino recordando algunos versos del “Himno de la Universidad Nacional de Cuyo”⁴⁹: “Surco es el aula,/ gleba

⁴⁷ Es indispensable que la mirada al pasado fundacional se proyecte a un presente y a un futuro que responda a las demandas de los tiempos. Si bien la historia puede tener *revivals*, nunca vuelve atrás, va direccionada hacia un futuro que, en la medida de lo posible, debe ser previsto en un proyecto lúcido y ambicioso.

⁴⁸ Cf. Cicchitti, V. (1967). *Una interpretación de la Facultad de Filosofía y Letras de Mendoza: Su aspecto salvacional*. Mendoza: UNCuyo, FFyL, Instituto de Lenguas y Literaturas Clásicas.

⁴⁹ Música de Julio Perceval, letra de Alfredo Goldsack Guiñazú.

Algunos recuerdos de la FFyL en su 70º aniversario

santa el saber,/ agua fecunda/ la herencia/ gloriosa de
ayer.”